
NOTAS Y EVENTOS

CIENCIA Y SOCIEDAD
Volumen XXIV, Número 3
Julio - Septiembre 1999

RUGGIERO ROMANO: EL PRINCIPIO DE LA DUDA¹

Mu-Kien Adriana Sang²

Se iniciaban los años 80, cuando asumí el compromiso de conocer mejor nuestro pasado. Quería profundizar en el conocimiento de la historia dominicana. Contaba con la explicación general. Estaba convencida de que ese grupo de ideas pre-concebidas, aprendidas casi de memoria, eran suficientes. Tenía el marco teórico, llave maestra que me permitiría entender los hechos históricos. Necesitaba los datos que justificaran las conclusiones que sabía de antemano y defendía con vehemencia. Palabras mágicas y simples, frases cortas y contundentes constituían las claves de mi discurso *explícalo-todo*: enclave azucarero, relaciones de producción, modo de producción mercantil simple (ahora me pregunto qué significa), imperialismo –por supuesto–, luchas sociales, capitalismo, ideales patrios, liberalismo, conser-

¹ Trabajo presentado en el "Homenaje a Ruggiero Romano", celebrado en ciudad de México los días 23, 24 y 25 de noviembre de 1998.

² Mu-kien Adriana sang, historiadora dominicana. Obtuvo su doctorado en 1985 en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, París, Francia, bajo la dirección de Ruggiero Romano. Es autora de cuatro obras: "Ulises Hereaux: Biografía de un dictador", "Buenaventura Báez. El caudillo del sur", "Una utopía inconclusa. Espaillat y el liberalismo dominicano del siglo XIX", e "Historia dominicana: Ayer y Hoy". Actualmente se desempeña como Directora Ejecutiva del Proyecto para el Apoyo a Iniciativas Democráticas (PID), administrado por la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, entidad donde es docente y coordina el área de historia.

vadurismo, patriotismo, patriotas, patria, nación... Vivía feliz bajo la fascinación irracional e irreverente de esa serie de teorías contradictorias –ahora lo sé– que tenían la virtud de ajustarse a cualquier realidad, pues explicaban todo y nada al mismo tiempo; simbiosis extraña que auspiciaba y negaba la esencia misma de la ciencia.

Me aferré al siglo XIX, porque estaba convencida de que el modo de producción capitalista hizo su entrada triunfal y se convirtió en dominante, en mi pequeña media isla a partir de 1875. Como por arte de magia el país fue sometido a la lógica del capital, integrándose, pensaba yo, sin dificultad alguna, al engranaje mundial del mercado. Olvidé, muchos otros también, que la historia no es tan lineal como se pensaba, y que la realidad es tan compleja y contradictoria que sobrepasa con creces el estrecho marco de un cuerpo conceptual.

En Julio de 1981 inicié mi trayecto por el difícil mundo de la reconstrucción histórica. Influenciada, ideologizada más bien, por las ideas de la época, tomé la decisión de hacer una investigación sobre la industria azucarera dominicana del siglo XIX. Antes de comenzar a escribir, sabía las conclusiones. Estaba presa del “errático sentido de la generalización”, como afirmó una vez Marcio Veloz Maggiolo.³

De repente llegó Ruggiero Romano a mi vida. De forma abrupta tuve que nacer otra vez a los 26 años. Comencé a hacerme muchas preguntas. Me inicié con nuevas lecturas. Estaba embebida por el asombro que me producía escuchar a Romano en sus conferencias de los lunes. Fui una fiel participante durante los casi cinco años de mi estancia en París. Empecé a buscar respuestas a las múltiples inquietudes que se me agolpaban insistentemente, y, mientras buscaba las explicaciones, más preguntas afloraban.

³ Cf. Marcio Veloz Maggiolo, “Saber nuestra historia antigua”, en: *Revista Estudios Sociales* N.º 106, octubre diciembre 1996.

Decidí entonces olvidar esas teorías y dejar a un lado todo lo aprendido. Comencé a buscar una orientación más particular del sujeto y objeto de la investigación histórica. Opté por la historia política dominicana. Me animaba hacer un ajuste de cuentas con la historia oficial y tradicional dominicana. Empecé a leer muchos autores, especialmente todo lo que pudiera parecerse a la Escuela de los Anales. Por supuesto que leí a Romano. Comencé con su historia sobre la edad media, la reforma y el renacimiento. Seguí con su muy particular percepción sobre la conquista. Tiempo después, y ya radicada de nuevo en mi país, llegó a mis manos el manojito de hermosos artículos recogidos en *Consideraciones*.

En aquel entonces leí con prisa. Cada lectura me confirmaba una línea de pensamiento, una constante en sus escritos: el principio de la duda como método, la lectura crítica de las explicaciones existentes y la búsqueda de nuevas explicaciones para entender viejos problemas y temas de la realidad histórica.

En toda su producción aparece sin cesar esta tendencia. El libro "Los fundamentos del mundo moderno" constituye uno de los mejores ejemplos. Escrito hace muchos años, ese manojito de reflexiones sobre una etapa tan vital en la historia europea, marcan, sin lugar a dudas, la existencia de múltiples caminos en la conformación de su pensamiento:

"¿Qué debe ser nuestro manual?, escribían Romano y Tenenti ¿Sólo una simple exposición de los resultados conseguidos por la investigación historiográfica, o es posible presentar, en forma igualmente simple, la problemática que anima la investigación histórica? En suma, ¿un manual debe ser una recopilación de nociones...o debe ofrecer algo más que los puntos ya establecidos, y no sólo las luces todavía inciertas, sino incluso los primeros vislumbres de aquellas luces que mañana serán fijas? Hemos elegido el segundo camino, convencidos de que es el mejor en el plano científico y, además, el único que permite el respeto intelectual que un autor debe siempre a los lectores... Además, siguiendo este camino, se consigue lo que

*resulta una ulterior y notable ventaja: si en un manual de hechos es grave la falta de un hecho, si en un manual de verdades consagradas es igualmente deplorable la falta de un aspecto de esas verdades, en el esquema lógico adoptado por nosotros... los inconvenientes son menos graves... ”*⁴

A partir de entonces comienza el cuestionamiento inteligente a tantas verdades difundidas y aprendidas. Me llamó la atención el tratamiento ofrecido por los autores sobre la fractura histórica que muchos historiadores afirman produjo la peste negra de 1348. Esta afirmación es colocada, sin remordimientos, en el terreno de la duda: “**¿Hasta qué punto es lícito hablar de verdadera fractura?**” La respuesta no se deja esperar: “**Si se estudian los anales de las epidemias que asolaron Europa, se comprende fácilmente que la de 1348 no es una desgracia imprevista...** ”⁵

Pasan entonces los autores a vincular el efecto de la peste en la demografía europea. Como siempre una pregunta inicia la reflexión: “**¿Qué valor tiene... decir que la población urbana disminuyó en la mitad o que la población rural sufrió de la peste menos que la ciudadana?** Aparece de nuevo el cuestionamiento y la incertidumbre, pero acompañando sugerencias para buscar explicaciones distintas: “**Será mejor buscar medidas de otro género, por ejemplo: la reducción del número de miembros de los consejos municipales... o de categorías profesionales específicas...** No niegan, en modo alguno los hechos, como por ejemplo la reducción alarmante de la población: “**No hay duda, pues, de que la población europea se vio fuertemente reducida por la acumulación de las carestías-epidemias desde 1315 a 1330; la peste negra extendió pavorosamente los vacíos que ya se habían producido... Por lo tanto, al margen de todo cálculo de precisión muy engañosa, esa contracción**

⁴ Ruggiero Romano y Alberto Tenenti, “Los fundamentos del mundo moderno. Edad media tardía. reforma”. *Renacimiento*. México, Editorial Siglo XXI, 1981, p. 3.

⁵ *Ibid.*, p. 3

sigue siendo, respecto a ese período, una de las pocas cosas seguras que pueden afirmarse. “Pero también esa misma verdad está sometida al juicio implacable del cuestionamiento. Muy inteligentemente los autores se preguntan “ **¿Que la crisis del siglo XIV tiene su origen en la concentración demográfica, que se perfila a partir de los comienzos del siglo?** De aceptarla, afirman, **equivale a una verdadera tautología** Nuevos interrogantes ponen en evidencia las debilidades intrínsecas de la afirmación:

*“¿Por qué hay concentración demográfica? ¿Cómo explicar que en el seno de una sociedad como la del siglo XIII, en la que todo va muy bien, la población comienza a decrecer? Decir que no se podía ir más lejos en la tarea de talar bosques, o que ya no era posible roturar más que terrenos pobres, tierras marginales de escaso rendimiento, o incluso, que se había roto el precario equilibrio entre ganadería y agricultura, no es una respuesta, porque con esos argumentos se entra ya en la crisis”*⁶

Y así, a todo lo largo de un poco más de trescientas páginas encontramos un manajo de informaciones que afirman, cuestionan y ponen en evidencia que el conocimiento es un proceso constante de renovación, que las verdades científicas no pueden ser eternas, sino que deben estar permanentemente sometidas al fuego de la crítica.

Ruggiero Romano cruzó el gran océano Atlántico para incursionar en la historia latinoamericana. Abandono consciente de la historia europea, para adentrarse en las entrañas de América Latina, un continente incomprendido y desconocido, cuya realidad histórica había sido explicada durante mucho tiempo por un manajo de teorías explicativas que enunciaban un discurso general, de escasa aplicación particular. En el siglo XIX la intelectualidad latinoamericana buscó y pensó encontrar las explicaciones a su

⁶ Ibid, p. 10

realidad a través del positivismo comtiano, encontrando su máxima expresión en Sarmientos y Alberdi. Entrado el siglo XX otras teorías, producto de mezclas contradictorias, nos ofrecieron la oportunidad no sólo de explicar nuestra historia, sino también el presente de ese momento y la convicción de que el futuro se encontraba en la transformación de sus estructuras económicas y sociales. Las teorías de la dependencia, una especie de marxismo criollizado, sentó las bases para un discurso mágico, ideologizado, a crítico y poco científico. La ciencia histórica se vio sometida a un conjunto de ideas, dogmas y sentencias que nos hicieron perder la perspectiva, y olvidar el verdadero sentido de la reconstrucción histórica.

El discurso de Ruggiero Romano llegó a América Latina, y junto a otros intelectuales contribuyó a trazar una línea divisoria importante con la concepción providencialista de la historia.. De nuevo se siembra la duda. Una vez más la estridencia de sus palabras y sus escritos ponen en cuestionamiento los discursos acabados y las ideas que pretendían permanecer hasta la eternidad. Interesado en la historia monetaria, llega hasta Chile. Un ensayo sobre la economía colonial de chilena, escrito en 1959 y publicado en 1965 fue su carta de presentación: **“Mi ambición ha sido mucho más simple: verificar si ciertos esquemas del desarrollo económico –que se encuentran corrientemente en el caso de las economías históricas europeas– se daban también en zonas alejadas”**. Inicia el planteamiento del problema, y desde entonces y hasta siempre, Romano no se conforma con reconocer los hechos, pues como él mismo afirma, **“son conocidos y bien conocidos”**. Su búsqueda va más lejos... **“avanzar más allá de los acontecimientos, hay que captar o tratar de captar el motor que impulsa esos importantes fenómenos. Pues una historia monetaria no se limita a sí misma...”**⁷

⁷ Ruggiero Romano. *Una economía colonial en Chile en el siglo XVIII*. Buenos Aires. Editorial: Universitaria. 1965, p. 10.

En este trabajo aparecen esbozadas las distinciones entre economía natural y economía monetaria, dos de las definiciones-conclusiones más defendidas por Romano. Conceptos nacidos después de un amplio trabajo de investigación documental y de profundas reflexiones. Recuerdo como ahora escuchar los argumentos que sustentas su posición, esas explicaciones ofrecidas con inusitado entusiasmo en esos lunes fríos de París:

*“Llevando más lejos mi demostración, permítaseme abrir un paréntesis para recordar a los lectores ciertas verdades elementales. Incluso en una economía natural existe siempre moneda. Ahora bien, existen por lo menos cuatro clases de monedas: 1) Moneda signo... 2) Moneda natural, 3) Moneda metálica y 4) Papel moneda... Si se tiene presente esta distinción, una economía natural es aquella en la que el papel de la moneda está cubierto por una de las dos monedas citadas en primer lugar; economía monetaria es aquella en la que prevalecen los dos últimos tipos de moneda...”*⁸

Evidentemente que con esa posición se enfrentaba Romano a todas las teorías (¿Sería ambicioso y abarcador llamarlas así?) defendidas por la intelectualidad latinoamericana o latinoamericanista. El nombre de André Gunder Frank bulle en mi mente y me remonta de nuevo a los lunes de París. Escuché sorprendida un Romano más vehemente de lo acostumbrado, algo que me extrañó sobremanera, pues no sabía que pudiese ser más fogoso todavía. Expresó sus críticas a las posiciones de este autor, criticó con calor desmedido su tesis de la inserción latinoamericana al circuito mercantil después de la conquista; es decir por arte de la subsunción América se inserta en el mercado, olvidando en su aumento definir, tocar o pensar en cómo se produjo el proceso interno.

⁸ Ibid. p. 51

La tesis de Romano sobre la economía monetaria y economía natural tuvieron su eco en la República Dominicana. Nelson Carreño⁹ se encargó de ello, asumiendo con pasión la defensa de que la economía natural prevalecía en nuestro país entre 1875 y 1925. Contrarrestaba así las posiciones de Serrulle y Boin¹⁰ quienes en su trabajo doctoral concluyeron justamente lo contrario. Defendían con algarabía la llegada del capitalismo a la República Dominicana en 1875. Las conclusiones de Carreño no tuvieron eco en nuestro país, costaba mucho a la intelectualidad dominicana despojarse de sus propias verdades.

La conquista latinoamericana fue también objeto de preocupación en el pensamiento de Romano. Me sorprendió ver que sus inquietudes por conocer la historia del continente trascendía el marco de lo económico. Este hecho indiscutible, conocido y estudiado hasta la saciedad, constituyó un nuevo reto para Romano. De nuevo la duda, el irremediable cuestionamiento a las explicaciones existentes:

*“El filme de los acontecimientos de la conquista está establecido y bien establecido- desde hace mucho tiempo. Expediciones batallas, fechas de ocupación de los diferentes territorios, todo está en orden, claro, bien señalado. Es natural que ahora no se trate de dar una descripción externa de los sucesos, sino sobre todo, de mostrar el mecanismo según el cual estos sucesos se organizaron, cómo actuaron unos sobre otros y, a su vez, qué conflictos provocaron. Y cómo, de esta imbricación, nació un mundo nuevo; un mundo importante, pero dislocado, deforme, en cuyo interior las posibilidades de desarrollo aparecen muy a menudo sofocadas...”*¹¹

⁹ Cf. Nelson Carreño, *Etude sur l'agriculture dans la République Dominicaine de 1875 à 1925 (thèse)*, París, Francia, EHESS, 1981.

¹⁰ Cf. Serrulle, José y BOIN, Jacqueline, *Le processus de développement du capitalisme en la République Dominicaine (Thèse)*, Université de Nanterre, Paris X, Francia, 1978. Ambos trabajos fueron publicados posteriormente..

¹¹ Ruggiero Romano, *Los conquistadores*, Buenos Aires, Editorial Huemul, 1978. p. 19

Se preguntaba Romano por qué había triunfado la conquista. La superioridad racial y la protección divina estaban fuera de la cuestión; sin embargo, no alcanzaba a encontrar respuesta satisfactoria y explicación racional a las victorias de los conquistadores sobre todo cuando **“leemos que en algunos combates la proporción (o mejor dicho, la desproporción) numérica es de cien, quinientos, mil indios por cada español, nos vemos obligados a pensar que la superioridad del armamento no puede explicar todo...Es asombroso comprobar, cuando estudiamos la conquista de América que las victorias más extraordinarias, las más claras, las más radicales, son precisamente aquéllas en que se enfrentó un pequeño número de españoles organizados en ejércitos regulares...”** Insatisfecho se siente Romano con simplemente afirmar, como lo hicieron otros, que la victoria se facilitaba cuando uno de los adversarios era un ejército poderoso, mientras el otro era una tribu desorganizada, dispersa y nómada. No, su explicación va más lejos y propone otra vertiente de análisis: **“...se olvida con demasiada facilidad que cuando los españoles combatieron contra grandes ejércitos contaron con la ayuda de muchos colaboradores”**. Los ejemplos no se dejan esperar. Cita y afirma que la victoria de Cortés sobre Moctezuma no puede explicarse si no se piensa en la alianza del conquistador con Xicoténcalt, jefe de los tlaxtaltecas.¹²

La Cruz como símbolo de la conquista fue también objeto de sus reflexiones. Afirma sin tapujos que la evangelización fue un fracaso, porque estuvo marcada por la violencia:

*¿Cómo anunciar una religión de la que se afirma que es de amor cuando se considera que “nadie puede dudar que y aquí cita a Oviedo- la pólvora contra los infieles es como el incienso para el Señor? ¿Cómo triunfar en una obra de evangelización si, al mismo tiempo, se discute si los indios tienen ‘capacidad’ (aptitud, dignidad) para recibir ciertos sacramentos?”*¹³

¹² Ibid, p 24

¹³ Ibid, p. 28

Después de analizar los diferentes aspectos de la conquista, a saber: su desarrollo, la herencia recibida y de hacer un interesante balance sobre el estado de las investigaciones, Romano nos ofrece su reflexión final. Llama a la sensatez y desde el siglo XVI nos transporta a la actualidad y nos sugiere una nueva perspectiva de análisis. No podía obviar la crítica a los defensores apasionados de la llamada “la leyenda negra”, no podía olvidársele:

*“Se puede decir me parece- que sobre el fondo de las leyendas negras antiespañolas nacidas en Europa se injertó otra leyenda: la que se formó con relación a América. Los acontecimientos americanos hallaron un terreno fértil en la protoleyenda creada en Europa; ésta, a su vez, se nutrió de elementos (verdaderos, deformados o falsos) que le llegaban de América”.*¹⁴

Sin negar la tragedia y el drama humano de la conquista, Romano propone una dimensión diferente para hacer una reconstrucción histórica ponderada y realmente crítica:

“La realidad debe reducirse a las dimensiones de su época: que los españoles hayan matado sin razón, es indiscutible (como todos los soldados de todos los tiempos y de todos los países); que los españoles hayan desarticulado todo un mundo, es igualmente cierto (pero los eruditos españoles tienen razón al indicar que los ingleses, franceses, holandeses y todos los pueblos colonizadores actuaron de la misma manera); que los españoles hayan introducido enfermedades, también es verdadero; pero lo que no se puede es hacerlos responsables de todo eso...El problema, en realidad está en comprender el proceso por el cual un continente es destruido en su estructura misma; comprender cómo se conquista toda una masa demográfica, se la aliena y se la hace extraña a ella misma; comprender cómo inútilmente se aniquilan valores culturales y de civilización. Comprender todo ello no es solamente un juicio histórico, sino que puede y debe ser un elemento para guiarnos en nuestra vida

¹⁴ Ibid. p. 143

cotidiana, en nuestros contactos con los demás...y debemos aprender a respetarlos, sin contentarnos con considerarlos abstractamente como nuestros iguales, guardándonos para nuestro fuero interno las diferencias que los separan de nosotros... ”¹⁵

Así pues con el libro de “Los Conquistadores”, nos encontramos con un Romano igualmente crítico, igualmente mordaz, pero sorprendentemente comprensivo y humano con el imperio español, el mismo que ha sido señalado como el principal responsable de la desgracia latinoamericana.

Más de treinta años después de incursionar en la historia latinoamericana, Romano tiene la oportunidad de sintetizar gran parte de su pensamiento en el prólogo al libro de Zacarías Moutoukias,¹⁶ uno de sus muchos discípulos, de sus favoritos diría yo. El maestro Romano ejemplifica con temible veracidad, sarcasmo a veces, su vocación e interés de buscar explicaciones, novedosas, lógicas, inacabadas y críticas a las posiciones teóricas existentes: “...**la historia colonial hispanoamericana no es un mero capítulo de la expansión europea...** Esta frase de Zacarías Moutoukias constituye, dice Romano, **la clave para aproximarse a su libro**”.

Consciente de que la nueva orientación de la investigación histórica no pretende desdeñar el valor de la documentación original ni el papel que juegan las grandes teorías en la construcción del discurso, Romano es directo en su apreciación y dice:

Moutoukias sabe demasiado bien que no se puede limitar a contar las naves...y verlas ir y venir...sabe que no hay tráfico internacional que no esté ligado a situaciones internas, a situaciones de reclamo (o de rechazo) de ciertos productos...En efecto, si, finalmente puede existir un tráfico local o regional

¹⁵ Ibid. p. 144

¹⁶ Prólogo al libro de Zacarías Moutoukias. *Contrabando y control colonial en el siglo XVII*, Buenos Aires. Centro Editor de América Latina. 1988.

de manera autónoma, los tráficos internacionales no tienen posibilidad de desarrollarse a menos que lo hagan en simbiosis con los otros: interregionales, regionales, locales... Se trata de una verdad simple, pero de una verdad demasiado frecuentemente olvidada. Y Moutoukias no lo olvida. Al contrario: la enriquece ofreciéndonos casi en cada página elementos de juicio. Claro que no toda es de primera mano..., pero toda la literatura historiográfica que usa siempre ha sido releída, revisada, con ojos nuevos y críticamente abiertos.

Nueva aproximación a viejos problemas, es la esencia del planteamiento de Romano, y a veces, dice. **merced a rápidas advertencias se renueva todo un espacio que creíamos conocer... Lo sé.** ¡Oh! siempre implacable Romano, critica a la corriente ideologizada de la intelectualidad latinoamericana, **el acostumbrado lector 'comprometido' hará la no menos acostumbrada pregunta para saber cual es esquema ideológico de este libre. Pregunta necia. Con todo, sintetizando, me parece posible responder que la gramática conceptual de Moutoukias es en buena medida marxista. Pero de un marxismo asimilado integralmente. Y críticamente. Quiero decir que Moutoukias no acepta el jueguito de: 1) leer rápidamente algún libro de Karl Marx; 2) escribir un libro para demostrar que Marx tenía razón. Me parece que el modo de proceder de Zacarías Moutoukias es completamente distinto. Leyó (y muy bien) a Marx Luego lo olvidó... Pero olvidar no significa hacer desaparecer todo rastro...**¹⁷

Pero ser crítico, enfrentar las corrientes intelectuales explicarlo-todo, no supone la defensa al snobismo intelectual, que pretende presentarse como el defensor o el representante de nuevas teorías o posiciones, haciendo uso únicamente del cambio de nomenclatura. A ellos también llega el verbo mordaz y a veces despiadado de Romano: **Para terminar es moda hablar de 'nouvelle his-**

¹⁷ Ibid

toire' de 'new history'... Pero es necesario aclarar que salvo algunas gloriosas excepciones, se trata de una historia vieja, viejísima. De este modo, algunos contrabandean como etnohistoria la vieja historia del folklore; también se vende por historia biológica la vieja historia demográfica... En cambio, debería ser válido que un libro, para ser nuevo, pueda muy bien retomar un problema viejo aparentemente resuelto- y presentar de él una visión sólidamente renovada... ”¹⁸

Llegamos entonces a su libro “Consideraciones”¹⁹. Una presentación del historiador peruano Manuel Burga, otro de los favoritos del Maestro a quien tenía –él ignorante de todo, por supuesto– una secreta envidia, retrata al Romano que conocí y que despertó mi admiración. Una frase de Burga lo describe plenamente: “**Ruggiero Romano no es el europeo típico, tradicional... es intelectualmente antieuropeista. La razón es simple... está interesado en ‘descubrir el mundo y no en ‘ver’ el mundo a través de Europa**”²⁰. La presentación que hace el propio autor a la obra no tiene desperdicios. Encontramos un Romano capaz de, fruto del tiempo y la distancia, hacer balance a más de treinta años de trabajo para conocer, y por qué no, amar un continente. Resume y expresa sus preocupaciones, las temáticas que han sido reiteraciones en su labor investigativa; y al final también ofrece con sumo cuidado y respeto su juicio a su propia labor como investigador y maestro de generaciones:

“Todos los artículos reunidos aquí han sido publicados durante los últimos cinco años. Si en cierta forma retoman algunos temas que me han apasionado siempre, desde que en 1956 me acerqué al continente americano...por otro lado están renovados (claro que no nuevos) si se comparan con otros ensayos anteriores. Renovados no solamente porque se ha añadido el

¹⁸ Ibid

¹⁹ Ruggiero Romano. *Consideraciones*. Lima, Perú. FOMCIENCIAS, 1992.

²⁰ Ibid, p. XI.

peso de la experiencia, sino por una razón más profunda. Si ya desde mis primeros acercamientos a la historia americana comprendí que no podía seguir sirviéndome de todo un conjunto de categorías que me habían sido muy útiles cuando me ocupaba de Venecia o Marsella” necesité más tiempo para comprender que si los elementos... podían (y debían) ser los mismos que en Europa, también era preciso: a) atribuirles un peso diferente (y eso lo comprendí enseguida) y b) articularlos en un orden diferente (y esto lo comprendí más tarde)... Yo no sé si en mis trabajos he logrado una americanización del americanismo: el lector juzgará. Solamente quiero decir que he hecho lo mejor que he podido. Esto ha significado para mí un esfuerzo considerable: mi formación inicial... fue alemana; después en la práctica tuve la suerte de trabajar con Fernand Braudel. ‘Cambiar de piel no ha sido fácil, y, lo repito, no estoy seguro de haberlo logrado. Espero que estas páginas puedan servir para que los jóvenes historiadores del continente americano sean todavía más americanos y todavía menos latinos (o cualquier otra etiqueta por el estilo)’”²¹

Consideraciones es, ya lo hemos dicho, una cuidadosa selección de artículos de Romano. Su interés por la historia económica se hace evidente, las dos primeras partes así lo atestiguan. Es una reiteración inconfundible a la defensa de su tesis sobre la economía natural y monetaria. La tercera parte la más interesante. Allí deleita al lector con su erudición, pero sobre todo vuelve a poner sobre el tapete viejos tópicos, viejas discusiones, con la diferencia de que quien escribe es un Romano capaz de sintetizar la trayectoria de más de tres décadas de pensamiento. Finaliza con una sentencia crítica, amorosa diría yo, al dejar a los latinoamericanos la opción de sus decisiones, prescindiendo, como han hecho otros, de proponernos fórmulas mágicas:

“Según las reglas de la composición literaria, yo ahora tendría que indicar lo que podría ser el proyecto nacional para

²¹ Ibid, p. XXVI.

las naciones americanas de hoy. Me abstendré de un ejercicio de ese tipo. Desde que comencé a ocuparme de problemas de historia americana, he sabido siempre que la historia y, aún más, la política de estos países, tienen que ser respetadas. Y sé también que el único modo de respetarlas es dejar que sus habitantes construyan sus modelos de interpretación del pasado y sus programas futuros... ” ²²

Nací de nuevo, como dije antes, a los 26 años. Apasionada como soy, y envuelta en la callada admiración de la vehemencia romanesca, me volví una cuestionadora de todo lo existente y crítica mordaz a ese manojo de ideas definitivas e incuestionables que han sido entretejidas y difundidas por la historiografía dominicana que respondía --y responde-- sin vacilaciones a la cultura dominante. Desde el principio opté por la historia política. Debía poner en evidencia el caudillismo dominicano que impedía el desarrollo político dominicano del siglo XX. Empecé cuestionando el heroísmo y la pureza de los liberales, especialmente de los llamados “padres de la patria”. Me preguntaba siempre ¿por qué aceptar pasivamente el discurso de los demás? ¿Por qué no dudar de todo y proponer uno nuevo? Fui ambiciosa, ahora lo reconozco. Escribí una vez, asumiendo las ideas de Hirschman ²³, que “muchos historiadores desarrollan el culto a la intransigencia, convirtiéndose su discurso en mera retórica justificativa de posiciones y sucesos, olvidando que lo importante es la profundización del conocimiento, aunque esto implique negar lo que uno mismo ha afirmado o defendido.” ²⁴

Decidí optar por el género de la biografía política. Quería demostrar que era posible hacer biografía sin llegar a la pseudohis-

²² Ibid, p. 257.

²³ Albert O. Hirschman, *Retóricas de la intransigencia*. México, Fondo de cultura económica, 1991.

²⁴ Mu-Kien Adriana Sang, “Mi siglo XIX: 15 años después”, en: *Estudios Sociales* No. 106, octubre – Diciembre de 1996.

toria y la pseudo novelística de la historiografía tradicional. Partí del principio de que los seres humanos hacen la historia, y son –somos– efectos y causa de los procesos históricos. Busqué encontrar el equilibrio justo entre los factores que inciden en el hecho histórico. No quería caer en las grandes generalizaciones que impiden ver la participación de los actores; ni en la particularización que olvida el contexto, “ya para el enaltecimiento de los prohombres, ya para la exposición de diatribas de los anti-héroes”²⁵

En mi tesis doctoral, “Ulises Heureaux. Biografía de un dictador”, publicada luego en forma de libro en 1987, quise buscar explicaciones al fenómeno de las dictaduras positivistas del siglo XIX, llamadas también por algunos autores como de “fuero y progreso”. Busqué explicaciones sobre la inserción latinoamericana al mundo capitalista. Entender el proceso de cómo se había producido el desplazamiento de España para dar paso a la influencia de Francia y de Inglaterra. Comprendí que el dictador dominicano, Ulises Heureaux Lilís– había vivido en el bullir del continente latinoamericano. Este personaje me apasionó enormemente. Me sorprendió ver cómo una figura nacida de los más bajos estratos sociales, pudo convertirse en el gran conciliador del capital nacional y extranjero. Mis planteamientos provocaron la ira de algunos lectores. Fui atacada. Se me acusó de defender la dictadura. Con el tiempo se reconoció el fundamento de mis planteamientos, haciendo olvidar el triste esquema de los epítetos, cuando no se está de acuerdo.²⁶

Buenaventura Báez fue el otro personaje del siglo XIX dominicano que concentró mi atención por espacio de cinco años. Representante del conservadurismo dominicano, fue un firme defensor de las ideas anexionistas. Intentó, por todos los medios,

²⁵ Mu-kien Adriana Sang, *Buenaventura Báez. El Caudillo del Sur*, Santo Domingo. INTEC, 1997. p. 15

²⁶ Cf. Mu-kien Adriana Sang, *Ulises Heureaux. Biografía de un dictador*, Santo Domingo, INTEC, 1997

a lo largo de su vida política hacer realidad la anexión de la República Dominicana a una nación imperial, pero fracasó. A diferencia de Lilís, Báez un galán exitoso entre las mujeres, no logró apasionarme. Sin embargo, pude sumergirme en las entrañas del pensamiento conservador dominicano, iniciando así la búsqueda de explicaciones sobre algunos problemas fundamentales de la historia política dominicana del siglo XIX. Me asaltaron preguntas. En ese momento sólo pude esbozarlas: ¿Existía realmente una frontera ideológica entre los grupos políticos dominicanos del siglo pasado? ¿Cómo influyó el caudillismo en el comportamiento de los grupos políticos? ¿Qué podían significar las ideas liberales en una sociedad caracterizada por el abandono absoluto y la pobreza más indigna? Estas preguntas y muchas más se agolparon y atropellaron frecuentemente mis preocupaciones. Busqué respuestas, sólo logré algunas.²⁷

Terminé inconforme con el producto de la investigación sobre Buenaventura Báez. Me dediqué los siguientes seis años a trabajar con Ulises Francisco Espaillat, otro líder dominicano del siglo XIX. A diferencia de los dos anteriores, el nuevo galán de mis preocupaciones intelectuales, era un consumado liberal. Aproveché la oportunidad para reflexionar sobre el pensamiento político dominicano. Partí de dos preguntas: ¿Quiénes eran los liberales dominicanos y qué buscaban? ¿Quiénes eran los conservadores y qué buscaban? Abandoné la opción inicial de la biografía política. Ya no significaba un reto. Intenté leer todo lo más posible sobre el tema. Ratifiqué mi percepción inicial: no es posible entender la historia dominicana, sin enmarcarla en el contexto del mundo occidental. Constaté que los liberales dominicanos, que luego se convirtieron en positivistas, tenían como espejos a Europa y los Estados Unidos. De repente en nuestro país, y en toda América Latina, sectores importantes defendían la idea de

²⁷ Cf. Mu-Kien Adriana Sang, *Buenaventura Báez. El Caudillo del sur*. Op. cit

que debíamos ser europeos. Espaillat no pudo romper el cerco intelectual de la época.²⁸

Me convencí una vez más que el proyecto liberal dominicano fue un fracaso. Y que tanto los líderes liberales como los conservadores se sometieron a la lógica del caudillismo. Los paradigmas teóricos se espantaron cuando llegaron a la realidad latinoamericana. ¡Cuánta razón has tenido Ruggiero Romano para abogar por la inconformidad explicativa como principio, la puesta en cuestionamiento de teorías simplistas que en vez de explicar la realidad, la reducen hasta deformarla!

¿Cómo han podido sobrevivir estas oligarquías? Porque el problema es este: liberales y conservadores, federalistas o centralistas, revolucionarios y contrarrevolucionarios no impiden - a pesar de que se hayan sucedido impetuosamente- que las oligarquías de los diferentes países resistan. Me parece que la respuesta es simple: a través de una disyunción siempre mayor entre Estado y sociedad civil, entre Nación Real y Nación Oficial...

El liberalismo dominicano, al igual que todos los liberalismos latinoamericanos, fue el producto de un momento de la historia europea que llegó a América sin transición. El discurso de este grupo carecía de base social. Liberales y conservadores consideraban que Europa y Estados Unidos eran los modelos a seguir. La aplicación de las ideas para los primeros, la anexión y protección de algún imperio para los segundos.

Terminé la investigación sobre Espaillat y el liberalismo dominicano, pero no he podido responder a todas mis preguntas. Sigo con dudas y con la eterna incertidumbre de que no he podido profundizar lo suficiente en la reflexión. He dedicado 18 años de mi vida a estudiar 56 años de historia dominicana. Falta mucho que investigar. Siguen las lagunas. Y en medio del sentimiento de saber

²⁸ Cf. Mu-Kien Adriana Sang, *Una utopía inconclusa. Espaillat y el liberalismo dominicano del siglo XIX*. Santo Domingo, INTEC, 1997.

que no podré llegar a conclusiones definitivas y adecuadas de los múltiples problemas históricos dominicanos, me doy cuenta de que las enseñanzas de Romano han estado siempre presentes.

Casi dos décadas después de mi primer encuentro con Romano, puedo sentarme a evaluar el resultado. En medio de las insatisfacciones, me siento dichosa. A diferencia del Maestro, no me ha interesado el problema monetario. Nunca me ha parecido atractiva la historia colonial. Jamás se me ocurriría pensar en una investigación sobre el problema de los precios en ninguna época ni en ningún país. Sin embargo, el grupo de estudiantes, jóvenes entonces, adultos ya, que seguíamos fielmente sus reflexiones cada lunes, nos embebíamos con su providencial capacidad de cuestionar lo existente, de formularse preguntas que a otros no se le ocurrían o de cuestionar todo aquello que parecía tan obvio. Había de todo en el grupo: los que trabajaban historia económica, como José Luis Cepeda, quien hizo un enorme trabajo sobre la historia de la banca; los que trabajábamos historia política del siglo pasado, entre los que estaba yo y mi amiga Patricia Gascón; los que investigaban sobre la transición económica en la colonia brasileña como mi amiga Rosa Acevedo; o la historia de la Iglesia Católica en México, preocupación exitosa de Roberto Blancarte. Con objetos de estudios disimiles, lugares dispersos en el gran continente latinoamericano, reconstruyendo la historia en épocas distintas, desde la colonia hasta el siglo XX; todos, absolutamente todos, seguíamos fielmente las enseñanzas del Maestro.

La duda como método, la formulación constante de preguntas de difíciles respuestas, la lectura crítica de lo que se escribe, el respeto al trabajo intelectual serio y ese inconfundible sentimiento de insatisfacción, constituyen la piedra angular de las enseñanzas de Romano. Gracias a ese sensación de incertidumbre, sigo amando la investigación histórica, permanezco inconforme con lo que hago y soy feliz de no encontrar explicaciones, sino nuevas preguntas .

Gracias de nuevo Romano.